

# DESARROLLO Y CULTURA

## Una visión crítica de la modernidad en América Latina y el Caribe

Ernesto OTTONE

- I *Globalización y tensión cultural.*
- II *América Latina y el Caribe:  
entre globalización e identidad cultural.*
- III *Algunas orientaciones para una visión armónica  
de desarrollo y cultura.*

*Este trabajo sintetiza algunos planteamientos del libro en preparación,  
"Esa Esquiva Modernidad: Desarrollo, Ciudadanía y Cultura" de  
Fernando Calderón, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone.*

*Ponencia presentada en el Tercer Seminario sobre Políticas Culturales  
Iberoamericanas. Madrid, 11 al 15 de diciembre de 1995.*

## I. Globalización y tensión cultural

No es posible abordar este tema sin considerar en primer lugar la situación internacional generada por el fin abrupto de la guerra fría. Ella se ha caracterizado por la vertiginosidad de sus cambios, por una profunda revolución científica y tecnológica, por la progresiva globalización de los mercados y las comunicaciones y una competitividad económica basada cada vez más en la incorporación y la difusión del progreso técnico.

En un comienzo, como bien sabemos, se generó un gran optimismo en relación con esta nueva situación, sobre todo en torno a las perspectivas de extensión a nivel planetario de la democracia liberal y el reconocimiento de los derechos humanos que sería acompañado por la liberación de recursos para el desarrollo produciendo, así, relaciones más marcadas por la armonía que por el conflicto, abriendo una etapa de prosperidad y democracia sin precedentes para la humanidad.

Trabajos como el de Fukuyama<sup>1</sup> reflejaron esa aspiración.

Desgraciadamente, las cosas no funcionaron así. En el plano económico la situación recesiva de la economía de los países desarrollados sólo se modificó moderadamente y esa limitada recuperación no ha podido revertir ciertos problemas como el desempleo, cuyas altas cifras se han vuelto persistentes. Los países en desarrollo, si bien se han convertido en el sector más dinámico de la economía mundial, presentan una enorme heterogeneidad en sus resultados. Algunos, efectivamente, han tenido importantes éxitos y han disminuido su brecha respecto a los países desarrollados; otros la han aumentado dramáticamente. Como bien sabemos, las cifras de pobreza, miseria y exclusión para millones de personas continúan siendo altísimas en el mundo.

---

1 Véase Fukuyama, Francis. "The end of history". *The National Interest* N° 16, verano 1989. Del mismo: *Le fin de l'histoire et le dernier homme*, París, Flammarion, 1992.

En el plano político, la situación no se desarrolló de manera más alentadora. Aun cuando algunos conflictos internacionales tendieron y tienden a debilitarse y otros a concluirse con el fin de la tensión Este-Oeste, un número de conflictos basados en rivalidades étnicas, en surgimiento de nacionalismos exacerbados y en lógicas fundamentalistas, se transformaron en guerras abiertas de insospechada crueldad en territorios que antes constituían un solo país. Nuevos y viejos fanatismos adquirieron grandes dimensiones y generaron situaciones incontrolables en regiones enteras.

Todo esto ha abierto un espacio de interpretación marcado por una visión más escéptica respecto al futuro (Gallo 1990, Minc 1993, Ruffin 1991, Kennedy 1993, Huntington 1993).<sup>2</sup>

Tales interpretaciones han entregado a lo cultural una nueva centralidad en el análisis de la realidad y en la prefiguración de los escenarios futuros.

Esta centralidad adquiere dimensiones dramáticas sobre todo cuando se refiere a la colisión entre tendencias globalizadoras de la modernización y las emergentes construcciones identitarias antimodernas<sup>3</sup> que se han extendido en el Oriente medio, en otros países asiáticos y en algunos territorios de la ex Unión Soviética, pero que están presentes en una u otra manera a escala mundial.

---

2 Gallo, Max. *Manifeste pour un fin de siècle obscure*. París, Odile Jacob, 1990. Minc, Alain. *Le nouveau moyen age*. París, Gallimard, 1993. Ruffin, Jean Christopher. *L'Empire et le nouveaux barbares*. París, J.C. Lattès, 1991. Kennedy, Paul. *Preparing for the Twenty-first Century*. Nueva York, Random House, 1993. Huntington, Samuel. "The clash of civilizations", *Foreign Affairs*, verano, 1993.

3 Nos referimos a ellas como construcciones identitarias antimodernas porque no son un simple regreso a la tradición; constituyen una construcción donde lo tradicional es reinterpretado como arma de identidad y de combate a lo moderno occidental por grupos que se sienten excluidos de los procesos de modernización. (Nota del autor).

Todas estas construcciones identitarias, por fuertes y conflictivas que sean, no pueden anular los procesos de modernización ni impermeabilizarse a la fuerza de los elementos universalistas que conlleva el actual proceso de globalización. Más bien tienden a generar, a través de procesos que con frecuencia se tornan cruentos y traumáticos, nuevas formas de equilibrio entre lo global y lo local. Así, por ejemplo, en el caso de Irán (donde ha tenido lugar la experiencia más radical de construcción identitaria antimoderna), a partir de la desaparición de Khomeini y el fin de la guerra con Irak, tiende a generarse un nuevo alejamiento de la élite dirigente respecto a la sociedad, resurgen lazos tradicionales y se expande una economía subterránea que conlleva nuevas formas de consumismo. De otra parte, la **realpolitik** del régimen ha llevado a una situación más compleja en que conviven el discurso que demoniza a Occidente con espacios privados de modernidad consumista.

Las construcciones identitarias antimodernas no son patrimonio del mundo en desarrollo ni del postcomunismo. Tampoco se dirigen, necesariamente, contra la modernidad como un todo; muchas veces aceptan de buen grado la racionalidad instrumental de la cual la modernidad es portadora, cuestionando los aspectos de racionalidad normativa, la democracia, la secularización y la tolerancia. Pero, en general, al interior de las grandes corrientes religiosas contemporáneas, tienden a adquirir mayor fuerza grupos o posiciones de orientación integrista, cuyo discurso se opone, con mayor o menor intensidad, a los procesos de secularización que conlleva la modernidad.

La contradicción entre modernización y tradición cultural no cristaliza necesariamente, sin embargo, en construcciones identitarias antimodernas; puede conllevar a situaciones de occidentalización cultural sin modernización técnica, como en el caso de muchos países de África Sub-Sahariana, o de funcionalidad de la tradición para la modernización, como en el caso del Japón.

En su *Crítica de la modernidad*, Alain Touraine proclama: "Estamos todos embarcados en la modernidad; lo que es necesario saber es si lo hacemos como galeotes o como viajeros con bagajes,

proyectos y memorias".<sup>4</sup> Este planteo incluye dos afirmaciones. Una es el carácter imperativo que asume la modernidad: la revolución científico-tecnológica, la progresiva globalización de los mercados y las comunicaciones y la presencia de una competitividad basada cada vez más en la difusión del proceso técnico, han terminado por liquidar cualquier sueño (o pesadilla) de autarquía frente a las tendencias globales. Hasta Albania ha tenido que "desalbanizarse".

La otra afirmación que subyace en la cita de Touraine es que no hay un camino único en la ruta de la modernidad. El proceso puede ser un martirio, ya que nadie es galeote por gusto. Pero aquí interesa sortear la mortaja del pesimismo y ver cómo puede darse la alternativa afirmativa, a saber, la de transitar por el camino con "bagajes, proyectos y memorias", con protagonismo y con identidad. Pensar dicha posibilidad significa entender la identidad cultural como una realidad dinámica, capaz de re-significar endógenamente los cambios. Se trata de trascender visiones defensistas que entienden la identidad cultural de un país o de un grupo como una realidad inmodificable, que sólo puede proyectarse como eterna repetición de un pasado válido para siempre.

Las visiones defensistas, propias de las construcciones identitarias antimodernas, tienden a soslayar la historia real. Esta última nos muestra una modificación incesante de las identidades y una fuerte tendencia al mestizaje y a la "contaminación" de las culturas.

Diversos ejemplos se podrían traer a colación referidos a movimientos culturales que nacieron en el margen de las culturas dominantes y que generaron productos culturales hoy completamente incorporados al sistema de vida de sus países o ciudades. La tendencia al entrecruce cultural es cada vez mayor. ¿Cómo se podría separar o distinguir lo hispanoamericano y lo asiático de

---

4 Touraine, Alain. *Critique de la Modernité*. París, Fayard, 1993.

la cultura norteamericana de hoy? Esto es lo que ha llevado desde una perspectiva conservadora a Eugene McCarthy a afirmar que "los Estados Unidos se han convertido en una colonia del Mundo".<sup>5</sup>

En síntesis, una concepción de la identidad cultural que no es estática ni dogmática y que asume su continua transformación y su historicidad, debería ser parte importante de la construcción de una modernidad "substantiva" que no se reduzca a procesos de racionalidad instrumental, eficacia productiva y unificación por vía del consumo. Si bien la racionalidad instrumental, la eficacia productiva, el progreso técnico y la capacidad de respuesta a las aspiraciones de consumo son elementos constitutivos de la modernidad, ellos no garantizan la vigencia de elementos valóricos tales como la vigencia de los derechos humanos, la democracia, la solidaridad y cohesión sociales, la sustentabilidad ambiental y la afirmación de memorias y proyectos históricos.

Una lectura reductiva de la modernidad que no plantee, de manera integrada y complementaria, equidad, sustentabilidad, democratización e identidad, tendería a reforzar procesos de modernización incompletos, destinados a producir enormes diferencias entre élites integradas-modernas y vastos sectores de la población marginados-fragmentados. Tal patrón reforzaría procesos de desintegración propicios para atrincheramientos antimodernos y reacciones contrarias al desarrollo.

Los procesos restringidos de modernización no sólo se expresan en los países en desarrollo. También tienden a aparecer en países desarrollados con diversa intensidad y magnitud. Por cierto, su mayor intensidad se manifiesta en las regiones de menor desarrollo, donde el fenómeno de la exclusión alcanza a sectores vastos de la población y se liga a situaciones de extrema pobreza para un gran contingente. En tales escenarios pueden generarse sociedades separadas y con élites modernas atrincheradas frente a

---

5 UNESCO, *Futuresco-Cultura* N° 4, junio 1994.

masas excluidas, y donde los excluidos conforman comunidades que no se remiten a consensos cívicos nacionales sino que tienden a refugiarse en las pertenencias tradicionales -locales, regionales, étnicas, carnales y/o religiosas-. Es en esta situación que la pertenencia comunitaria puede alimentar integristos y fundamentalismos, sean culturales o étnicos, resistiendo toda vocación integradora de la modernidad.

Una visión crítica de la modernidad implica romper con la oposición entre racionalización y subjetividad, y entre tradición y progreso, e implica la búsqueda de sus complementariedades e interacciones. Trata de atrapar a la vez la pertenencia a un mismo mundo y la fragmentación y ruptura que nos presenta el mundo actual. Tal como lo señala Touraine<sup>6</sup>, si hubiera que medir la modernidad, habría que hacerlo midiendo la subjetividad aceptada que existe en una sociedad, porque esta subjetivización no es separable de un equilibrio inestable entre dos orientaciones opuestas y complementarias: de un lado, la racionalización por la que el hombre es dueño y dominador de la naturaleza y de sí mismo; del otro, las identidades personales y colectivas que resisten a los poderes que han puesto en obra la racionalización.

## II. América Latina y el Caribe: entre globalización e identidad cultural

La historia contemporánea de América Latina y el Caribe muestra con elocuencia que sus procesos de modernización, si bien de larga data y de intensas y discontinuas dinámicas, no han confluído en sociedades modernas; al menos, tal como hemos entendido la modernidad en las páginas precedentes.<sup>7</sup> Persisten

---

6 Touraine, Alain. *Critique de la Modernité*. París, Fayard, 1993.

7 Cabe aquí diferenciar esquemáticamente entre *modernidad* y *modernización* para efectos del presente trabajo. La modernización constituye un proceso histórico, afincado en el cambio de los procesos productivos, de la

obstáculos considerables a aspectos sustanciales de la modernidad en nuestra región, pese a los avances de los últimos años en materias tales como el establecimiento de sistemas políticos pluralistas y el gradual arraigo de una cultura democrática y tolerante en la mayoría de los países; y la realización de un notable esfuerzo por reorientar la estrategia de desarrollo y poder insertarse mejor en la economía mundial, elevar la calidad de la gestión macroeconómica y recuperar, aún modestamente, el crecimiento económico.

Pese a tales esfuerzos, en los años ochenta, la incidencia de la pobreza tendió a aumentar (y sus altos niveles todavía persisten), la distribución del ingreso tendió a empeorar y en la gran mayoría de los países las desigualdades se volvieron más profundas, convirtiéndose en una fuente de mayor fragmentación social. La percepción de que grandes segmentos de la población viven peor que antes mientras una minoría incrementa sustancialmente sus estándares, agrava para muchos el desfase entre expectativas y realidades. Todo ello exacerba la tensión social y política y debilita las estructuras aún frágiles de las democracias.

Los avances moderados que se han registrado en los años noventa no han revertido esta situación; la marginación, la exclusión, la pobreza, la extrema pobreza y la desigualdad persisten con fuerza en América Latina y el Caribe. Es en el escenario mar-

---

composición demográfica, de las pautas de consumo y trabajo, del acceso a bienes y servicios y la secularización progresiva de la acción colectiva. La modernidad, en cambio, constituye un *proyecto cultural* en el cual han convivido dos tendencias fuertes: de una parte, la difusión de valores y actitudes básicos vinculados a la promoción de la libertad social e individual, al progreso social, al desarrollo de potencialidades personales, y a una vocación democrática que lleva a la defensa de la tolerancia y de la diversidad. De otra parte, la modernidad tiende a la difusión de una racionalidad formal y de una racionalidad instrumental, necesarias para la modernización, pero con un costo en términos de "cosificación" de la vida humana. Una perspectiva crítica de la modernidad es aquella que, sin dejar de reconocer la importancia de la racionalización, busca subordinarla a los valores modernos asociados a la democracia, la tolerancia, la libertad y la diversidad.

cado por estos problemas que se realiza en la región un esfuerzo por repensar el desarrollo, procurando zanjar este desfase entre "modernización intensiva" y "modernidad frustrada": desfase dado en gran medida por el sesgo excluyente de nuestros procesos modernizadores y los rebotes autoritarios en la articulación estado-sociedad, que han impuesto su sello a los países de la región durante varias décadas. La vocación integradora de dicho esfuerzo se hace evidente en su búsqueda por compatibilizar modernización productiva, equidad social, sustentabilidad ambiental y fortalecimiento de la democracia, tal como se expresa, por ejemplo, en la propuesta de transformación productiva con equidad que ha elaborado CEPAL. En un sentido más valórico-cultural, ella puede entenderse como una perspectiva crítica de acceso a la modernidad, en la que se busca revertir los persistentes patrones de exclusión social, económica, política y cultural que han padecido grandes contingentes de las sociedades nacionales de la región. Animada por una vocación pluralista en lo cultural, democrática en lo político, dinamizadora en lo productivo e integradora en lo social, ella intenta sentar bases para una perspectiva integrada del desarrollo.

La idea central de la propuesta de la transformación productiva con equidad es que la incorporación y difusión del progreso técnico constituyen el factor fundamental para que la región desarrolle una creciente competitividad, que le permita insertarse de manera exitosa en la economía mundial y asegurar un crecimiento constante. Al radicar la competitividad en la incorporación del progreso técnico, se busca superar el espíritu rentista que ha prevalecido en nuestras formas históricas de insertarnos en los mercados mundiales; ya no se trata de sentar la competitividad en los bajos salarios ni en el abuso y la depredación de los recursos naturales. Tales formas de "competitividad espuria" no sólo han sido concentradoras y excluyentes en el pasado sino que, además, hoy marchan a contrapelo de cualquier estrategia de desarrollo sostenido hacia el futuro.

Una "competitividad auténtica" supone contar con recursos humanos en buenas condiciones, con capacidad de agregar progresivamente valor intelectual y progreso técnico a su base de re-

cursos naturales, resguardándolos y enriqueciéndolos. Conforme a dicha propuesta, el paso de una competitividad espuria a una competitividad auténtica, a la vez requiere y refuerza un enfoque sistémico del proceso productivo. En otras palabras: si bien la empresa es un elemento central en la difusión de progreso técnico en el aparato productivo, la competitividad internacional estará dada por el "funcionamiento de las naciones", incluyendo desde la infraestructura científica y tecnológica hasta la calidad de las relaciones laborales, el sistema educacional y los niveles de cohesión social, entre otros aspectos.

En este enfoque sistémico, el tema de la equidad adquiere una nueva dimensión. La existencia de una sociedad más equitativa, con mayor igualdad de oportunidades y con creciente capacidad de integración, con una ciudadanía efectiva en lo económico y extendida en lo social, resulta no sólo necesaria desde las perspectivas ética y política. En otras palabras, la equidad ya no sólo se sostiene por principios valóricos y por la necesidad de consolidar las democracias por vía de mayor integración social. Además de ello, la equidad aparece como funcional a los saltos de productividad, adquiriendo presencia en el propio terreno de la economía. Así, el enfoque sistémico nos muestra los límites de la competitividad espuria para el desarrollo económico a futuro. No hay desarrollo sostenible en base al mero aprovechamiento de los bajos salarios; más temprano que tarde el rendimiento económico acusará la incongruencia entre la necesidad de recursos humanos capaces de incorporar progreso técnico y una amplia población en condiciones de pobreza y con bajos niveles de formación.

En cuanto perspectiva crítica de acceso a la modernidad, el enfoque sistémico supone a su vez la necesaria interdependencia entre una serie de valores que concurren en un desarrollo integrado, a saber: la institucionalidad y transparencia democrática, el respeto a la diversidad de valores, la tolerancia en lo político pero también en el tejido social, la vigencia y reciprocidad de los derechos entre actores diversos, la apertura hacia el cambio y el rescate del progreso técnico como instrumento para acrecentar la comunicación y promover el bienestar general.

Este enfoque puede vincularse, en términos culturales, con un concepto de modernidad que intenta trascender los límites de la racionalidad instrumental, pero que también quiere romper el bloqueo impuesto por particularismos culturales replegados sobre sí mismos. En este sentido, comparte una visión crítica de la modernidad: busca conciliar la libertad individual y la racionalización modernizadora con la pertenencia comunitaria. En esta visión de la modernidad, las identidades particulares no están destinadas a contraponerse a la modernización o transformación productiva. Por el contrario, pueden ser un factor importante para su construcción si logran operar como elemento de movilización consensuada y con vocación democrática.

Para evitar esa contraposición resulta indispensable superar la dialéctica de la negación del otro. Dicha dialéctica se halla largamente enraizada en la historia de la región. Comienza con el momento del descubrimiento, se prolonga con la conquista, la evangelización y la colonización, y no cede con la transición hacia los estados republicanos ni tampoco en las dinámicas discontinuas de modernización experimentadas por nuestras sociedades. Esta dialéctica de la negación del otro tiene su fundamento en la negación cultural (de la mujer, del indio, el negro, el pagano, el mestizo, el campesino, el marginal-urbano, etc.), y constituye el cimiento en que a su vez se monta una larga tradición de exclusión socioeconómica y dominación sociopolítica.

La dialéctica de la negación del otro precede a la dialéctica de la exclusión. La negación no se interrumpe: se transmuta. En la historia de la región hay continuidad temporal entre la negación y la exclusión: los descendientes de los negros que fueron esclavos traídos de África y de los indios que fueron sometidos por la conquista, son hoy, en su mayoría, pobres y marginados (aunque no sean los únicos pobres o marginados). El estigma no se interrumpe ni con las revoluciones de independencia, ni con las empresas modernizadoras, ni con el estado de derecho.

Esta dialéctica de la negación del otro se extiende en la historia de la región más allá de la discriminación y represión étnicas, proyectándose muchas veces como discriminación cultural, socioeconómica, e incluso político-ideológica.

La asincronía entre una tendencia más lenta en los procesos de integración socioeconómica (promovidos por efecto de la transformación productiva y racionalización social) y una tendencia más intensiva de integración en el nivel simbólico y cultural (por efecto de la apertura política democrática y la industria cultural), podrá constituir, en los próximos años, un importante núcleo temático en la lucha por la ciudadanía en buen parte de las sociedades de la región.

Esto plantea la necesidad, no sólo de formar recursos humanos en los sectores más bajos para que puedan aumentar su desempeño productivo en la vida adulta, sino también de construir desde los cimientos del desarrollo de la vida (en los niños y jóvenes) una conciencia de sí mismo como partícipe de un proceso colectivo de desarrollo. La educación formal y, de manera más general, la difusión de conocimientos y destrezas para asumir los retos de la modernización productiva, constituye hoy, más que nunca, el punto de inflexión en que la negación del otro puede revertirse o afinarse. La llamada "sociedad del conocimiento" hace que la difusión del conocimiento constituya un eje central para la construcción de una ciudadanía donde el otro pueda ser un par. Entiéndase aquí la difusión de conocimiento en sentido amplio, a saber: como adquisición de destrezas productivas, de capacidad crítica, de autovaloración en función del propio potencial, de conciencia de sí mismo como ciudadano, de apertura para asimilar información y valores, etc.<sup>8</sup>

Si la sociedad del conocimiento desafía a ampliar nuestra cosmovisión y a abrir nuestra sensibilidad, esta presencia del otro de-

---

8 Este corolario de las reflexiones precedentes coincide, pues, con los planteamientos del documento de CEPAL/Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe, "Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad" LC/G.1758/Rev. 1-P; LC/DEM/G.131/Rev. 1-Serie E, N°37), Santiago de Chile, en el sentido de que la difusión de la educación y del conocimiento debe activar "sinérgicamente" tanto la competitividad como la ciudadanía, difundiendo lo que se ha dado en llamar los "códigos de modernidad".

biera constituir un activo potenciabile. Si en lugar de negar la identidad del otro, la reconocemos, incluso como presente dentro de nosotros, nuestra cosmovisión se expande. El mundo no se nos derrumba si nos abrimos a la identidad-en-la-diferencia, sino que se enriquece con nuevos contenidos. Esto significa no sólo ampliar nuestra percepción del mundo sino que también se traduce en efectos prácticos, tales como: adecuaciones tecnológicas, conocimiento e información sobre tecnologías disponibles, y asimilación creciente y adecuada de las mismas; o desarrollar vínculos comunitarios que pueden fortalecer la democracia social y enriquecer los lazos de pertenencia y comunicación.

La región de América Latina y el Caribe ha sido desde su fundación un abigarrado tejido intercultural, un recurrente acto de compenetración intercultural o "asimilación activa" de la cultura de la modernidad desde el acervo histórico-cultural propio. El concepto de tejido intercultural incluye tanto la idea de permeabilidad entre culturas y sujetos de distintas culturas, como la idea de coexistencia de distintas temporalidades históricas en el presente de nuestra región. América Latina y el Caribe es, en este sentido, una región con un tejido específico porque combina múltiples corrientes culturales; porque desde sus orígenes ha incorporado el sincretismo como parte de su dinámica cultural e "identitaria"; porque coexiste y se mezcla lo moderno con lo no moderno, tanto en su cultura como en su economía, y porque la propia conciencia de la mayoría de los latinoamericanos está poblada de cruces lingüísticos o culturales.

La importancia de esta marca cultural ha sido decisiva en los caminos que la modernidad ha asumido, y seguirá asumiendo, en América Latina y el Caribe. Un equívoco profundo subyace al imaginario de la modernidad en la región. Porque si con tanta frecuencia hemos querido interpretar la modernidad como superación de todo particularismo excluyente o como una suerte de "occidentalización exhaustiva" de nuestra región, con ello hemos dado la espalda al elemento de la modernidad que más se relaciona con nosotros mismos: la capacidad para integrar dinámicamente la diversidad cultural en un orden societal compartido.

Es a través de esta modernidad "democratizante", y no mediante un concepto excluyente de modernidad, que puede pensarse la construcción de la ciudadanía en base a la identidad en el tejido cultural. Lo moderno de la región reside, precisamente, en que desde el momento que fue nombrada, se abrió al mundo. De allí en adelante, su modernidad se define por este sincretismo, o continua resignificación de identidades culturales. Vargas Llosa lo expresa de manera muy gráfica: "América Latina es lo menos autárquico que existe en el mundo. Los latinoamericanos hablan sobre todo lenguas de origen europeo, forman parte de tradiciones étnicas y culturales que tienen, la mayor parte de ellas, raíces muy profundas en Europa o en otros lugares del mundo como África, incluso Asia. Todo eso, naturalmente, ha tomado una coloración determinada en América Latina por efecto del paisaje, de la experiencia, de una problemática particular, y eso ha creado unos matices: por ejemplo, el italiano que se fue a Argentina hace un siglo y medio es un argentino en que lo italiano está todavía muy presente, pero de todas maneras es muy distinto del italiano de Italia".<sup>9</sup>

Del mismo modo que la relación conflictiva con el otro, los sincretismos y tejidos interculturales fuerzan a repensar los desafíos de la modernización y de la construcción de ciudadanía. Del mismo modo, la variable cultural parece ineludible si se quiere pensar la ciudadanía más allá de las formas vacías y retóricas que la han hecho históricamente restringida en América Latina y el Caribe. Ineludible también, si se quieren activar las energías endógenas para movilizar al conjunto de la sociedad en aras de un desarrollo productivo con mayores niveles de equidad social. ¿Cómo capitalizar, pues, la experiencia que tiene la región en la historia de cruce intercultural, para convertirla en una "ventaja competitiva" en el nuevo concierto de un mundo interconectado y globalizado?

---

9 Entrevista de Marras, Sergio. *América Latina, marca registrada*. Barcelona, Ediciones B-Grupo Editorial Zeta, 1992, p. 104.

¿Cómo hacer uso de nuestra larga historia conflictivamente sincrética para asumir con mayor riqueza este desafío que hoy atraviesan también las sociedades industrializadas, y que consiste en repensar el contenido de la ciudadanía a partir de la coexistencia progresiva de identidades étnico-culturales distintas? Asumir el tejido intercultural propio es, quizás, hoy día, el modo más auténtico de asumirse en medio de una modernidad signada por una diversidad de creciente complejidad "identitaria".

Esta sensibilidad intercultural cobra especial fuerza con la expansión de la industria cultural en la región y aumenta exponencialmente cuando dicha industria incorpora el nuevo poder de la tecnología informativa y comunicativa.

### **III. Algunas orientaciones para una visión armónica de desarrollo y cultura**

Las páginas precedentes plantean, para el caso de la región, la necesidad de incorporar la consideración cultural en un proyecto de desarrollo económico y de construcción de ciudadanía moderna y extendida. El peso de las marcas culturales obliga a esta operación, por más que carezcamos, en principio, de herramientas para abordarlo. Hay, empero, indicios emergentes que pueden rememorar las resistencias históricas en esta materia:

- Procesos de institucionalización democrática que nunca antes había ocupado una proporción tan grande entre los países de la región, y que sensibilizan a grandes mayorías hacia los valores de la tolerancia, la aceptación del otro y los consensos.
- Experiencias sociales amplias de valorización del orden y la estabilidad, a pesar de los costos socialmente regresivos de la crisis y el ajuste económico.
- Expansión de una industria cultural que favorece los cruces socioculturales y da posibilidades técnicas para que los espacios públicos sean más permeables a las culturas sumergidas.

- La propia necesidad de incorporar a los sectores excluidos por el patrón de modernización vigente, a la esfera de la política y del intercambio de posiciones, en aras de garantizar mayor gobernabilidad, estabilidad económica y continuidad institucional.

Son estos algunos de los elementos propicios para superar la dialéctica de la negación del otro y potenciar el tejido intercultural en la construcción de ciudadanía. El desarrollo económico requiere, en nuestra región y por la historia de nuestra región, de la construcción cultural de consensos que le garanticen continuidad y dinámica incluyente a dicho desarrollo económico.

La base cultural de una propuesta de modernidad como la que se intenta a través de la transformación productiva con equidad reside en la superación de la dialéctica de la negación del otro y en el fortalecimiento de nuestro tejido intercultural como resorte particular de la región para acceder a los desafíos universalistas de la modernidad. La dimensión cultural tiene un peso procedimental para el desarrollo (en tanto provee fundamentos requeridos para consensos amplios) y también aporta un peso valórico (en el campo de la extensión de la ciudadanía y del vínculo insoslayable entre identidad y desarrollo).

Pero en la relación entre los rasgos culturales y la viabilidad de la transformación productiva también existen interrogantes y problemas serios. ¿Cómo conciliar los "agentes del desarrollo" supuestos por la propuesta de transformación productiva con equidad, con las identidades culturales reales en la región? ¿Están los agentes del desarrollo (actores económicos, sociales y políticos), culturalmente preparados para impulsar dicho proceso?

Para que la vasta gama de actores socioculturales en la región incida significativamente en la construcción de un consenso para el desarrollo, es necesario superar la "mentalidad rentística" en la generación de un *ethos* empresarial moderno, en la conformación de una ética solidaria, como asimismo en buscar mecanismos de agregación y politización de demandas de las mayorías.

Un vínculo estratégico podría establecerse entre la orientación de los actores por la igualdad de derechos y oportunidades, con temas centrales de la TPE. En esta articulación, entre la demanda por derechos y reconocimientos, la demanda por derechos y reconocimientos y la demanda por incorporarse a las nuevas dinámicas del desarrollo productivo, podrá centrarse la lucha por fortalecer la incidencia de los actores sociales en procesos decisivos y en los nuevos rumbos de modernización.

Una cultura de ciudadanía extendida no se construye por decreto o programa, sino que es el producto de un proceso abierto y de una continua resignificación de nuestra identidad. La modernidad en América Latina y el Caribe no puede pensarse como la negación de este proceso, sino como su reapropiación continua en interacción con los procesos de cambio y modernización. Los mecanismos de intercambio democrático, esenciales para el consenso, y de incorporación a la modernidad, tienen que movilizar, a su vez, mecanismos de afirmación de identidades colectivas para hacer más visibles sus demandas y potencialidades.

Los consensos democráticos para impulsar un desarrollo sostenido requieren de fuerza cultural, vale decir, de una conciencia extendida respecto de las identidades culturales asumidas y de la reciprocidad en derechos y compromisos. El punto es cómo se potencia esta fuerza cultural y qué políticas pueden impulsarla.

Probablemente, esta reversión de los estigmas en potencias culturales, requiere algo más que una política sectorial en el campo de la cultura, de la industria cultural y de la comunicación de masas. Sin duda, la posibilidad de movilizar estos medios para difundir una cultura de la tolerancia y de la síntesis intercultural tiene que aprovecharse al máximo. Pero la difusión de estos valores también tiene que ganar "porosidad" en una gama muy amplia de acciones, rutinas e instituciones que pueblan el tejido social.

En este marco, la necesidad de una fuerza cultural que impulse el consenso para una orientación del desarrollo y que, a su vez, permita incorporar a dicha orientación los valores e identidades

propios de nuestras sociedades, debiera contemplar al menos cuatro requerimientos de alto efecto "sistémico".

En primer lugar se requiere que la educación y transmisión de conocimientos sean capaces de vincular la construcción de una ciudadanía moderna con la difusión de un *ethos* empresarial hacia el conjunto de la sociedad, todo ello adaptado a las posibilidades y perfiles culturales y económicos de cada país.

En segundo lugar, es necesario avanzar en la construcción de la ciudadanía extendida mediante políticas que, adaptadas a los diferentes contextos nacionales, promuevan una cultura institucional basada en la plasmación de contratos, normas de conducta y derechos crecientemente compartidos por los actores involucrados (instituciones, individuos y actores). Existe, entre agentes del desarrollo y analistas sociales, un consenso cada vez más generalizado en torno a la idea de que los valores culturales afectan a las instituciones y éstas a su vez son decisivas para el comportamiento de la economía.

De ello debiera deducirse la necesidad de incorporar, desde la educación básica y a escala masiva, tanto una relación creativa con la racionalidad instrumental y las destrezas productivas, como una socialización en valores y comportamientos que fortalezcan el sentido de la ciudadanía y de la institucionalidad jurídico-democrática. Esta socialización no se restringiría, empero, a la educación básica, sino que podría también incentivarse en una red de instituciones de capacitación, educación vocacional y educación de adultos.

En tercer lugar, es impostergable una política deliberada de reconocimiento, promoción e integración de los sectores que padecen la triple exclusión: discriminación cultural (sea por factores étnicos o por claros rezagos educativos); exclusión socioeconómica; y marginación respecto de los mecanismos de representación y participación políticas.

Tal política debiera permear un conjunto de iniciativas de integración, tanto en el plano simbólico (mediante la participación

creciente de dichos sectores en el sistema de toma de decisiones, sobre todo a escala local) como en el plano material (mediante la promoción de actividades productivas, comunitarias y, de capacitación, que fortalezcan la competitividad y la organización entre los sectores excluidos). Este tipo de acciones podría contar con un importante respaldo político mediante la puesta en marcha de pactos nacionales por la superación de la pobreza.

En cuarto lugar, para expandir los márgenes de desarrollo endógeno ocupa hoy día un lugar estratégico el desarrollo y consolidación de una industria cultural asentada endógenamente. Las industrias culturales no pueden desaparecer por la simple falta de ventajas comparativas. Se debe asumir, para surtir efectos de movilización y concertación que "sin industrias culturales no existe una cultura nacional y en tal sentido debe encararse la producción de marcos económicos, financieros, jurídicos y organizacionales que promuevan el desarrollo de dichas industrias."<sup>10</sup> El carácter estratégico de la industria cultural para el desarrollo endógeno viene dado por triple partida. Primero, por el dinamismo de dicha industria para el dinamismo general de una economía que hoy se define como moderna. Segundo, por lo que se ha señalado respecto del carácter estratégico, en una economía competitiva dentro de los mercados globalizados, del acceso eficiente a conocimientos e información. Tercero, porque la industria cultural es cada vez más importante para el estímulo o el desestímulo de las culturas nacionales.

Independiente de las orientaciones de política recién referidas, debe tenerse conciencia que toda política cultural tendrá que integrarse y adecuarse a los cambios de las sociedades informatizadas emergentes. Por ende, la política cultural (o las políticas con impacto sistémico que atañen a la dimensión cultural) deberá pro-

---

10 Rama, Claudio. "Las industrias culturales ante el desafío del Mercosur". En: *Cultura Mercosur (Política e industrias culturales)*. Hugo Achugar (coord.), Montevideo, FESUR/LOGOS, 1991, p. 91.

mover la máxima flexibilidad, creatividad y adaptabilidad en torno a los ejes de estas sociedades emergentes, a saber: la *comunicación* (vinculada a la industria cultural, el mercado cultural y los "mass-media"); la *gestión* (cada vez más ligada a las redes interactivas de información); y el *consumo* (adecuado a las necesidades y las pautas culturales de nuestras sociedades).

Se trata, en síntesis, de asumir una visión sistémica de las relaciones entre economía y cultura: reconocer que los valores y las prácticas culturales afectan a las instituciones y al comportamiento de los agentes económicos y que la dinámica de la economía afecta, a su vez, las posibilidades de una construcción cultural compatible y afín con los desafíos de la modernidad.

Probablemente aquí tiene algo de cierto el proverbio oriental: iniciar el camino es ya el comienzo de la meta.